

no III dispensó una cordial acogida á los mensajeros con la esperanza de poder someter la iglesia armenia á su autoridad suprema para en adelante, y les dió una corona de oro para Leon. Enrique prestó su asentimiento á la elevación de dignidad del soberano armenio, y hasta prometió coronar por su propia mano al príncipe, en cuanto llegase á Oriente con la cruzada por él proyectada. En Chipre reinaba aun á la sazón Guido, en otro tiempo rey de Jerusalem, el cual, en este intervalo se había esforzado por excitar á los caballeros y ciudadanos francos á que fijasen su residencia en la isla, valiéndose al efecto de seductoras y espléndidas ofertas, y con esto había obtenido un rápido resultado, porque en aquellos tiempos vivían en las costas de Siria bastantes familias pobres. Pero aunque ocupaba otra vez una posición asaz brillante, no tenía ya el título de rey, sino el de señor de Chipre. En abril de 1195 le sucedió en el gobierno el menor de sus hermanos, Amalrico de Lusignan, el cual envió inmediatamente dos distinguidos embajadores á Celestino y á Enrique; tanto con el objeto de erigir en la isla un arzobispado católico-romano con residencia en Nicosia y con tres obispos sufragáneos, como también con el de hacerse feudatario del imperio, y ser elevado en cambio á la dignidad real. El Papa arregló los asuntos eclesiásticos de Chipre según los deseos de Amalrico, y Enrique VI recibió con benevolencia el juramento feudal de su nuevo vasallo, le envió como distintivo de la investidura un cetro de oro, y le prometió asimismo coronarle rey en su día.

Entre tanto, los preparativos para la «cruzada alemana» habían principiado ya. El 31 de mayo de 1195 tomó la cruz en Bari el joven emperador, después de haber ordenado de antemano se predicara con dicho fin, y haber anunciado que era su voluntad sostener por su cuenta en Tierra Santa por espacio de un año 1,500 caballeros y también muchos escuderos; cada caballero debía recibir al tiempo de embarcarse, como premio, 30 onzas de oro y los víveres necesarios. En junio partió Enrique para Alemania, donde procuró reanimar con su presencia el celo por la guerra santa; pero no pudo lograr el fin de sus deseos tan rápidamente como podía esperar; pues en parte retardaron el adelanto de la empresa las enfermedades á que con frecuencia estaba sujeto por su débil constitución, y en parte le perjudicó la discordia que estalló entre él y el Papa. En efecto, Celestino III saludó al principio con calurosa alegría la resolución del emperador y encargó á varios cardenales la tarea de recorrer el territorio alemán predicando la cruzada; pero andando el tiempo, cayó en la cuenta, y por cierto no iba descaminado en ello, de que la peregrinación, en caso de dar resultado, aumentaría desmedidamente el poder de los Hohenstaufen, al paso que traería perjuicios á la Iglesia romana, que ya se consideraba reducida por el imperio al más apurado trance. Entre tanto, á pesar de los movimientos de reacción que de aquí se originaron, consiguió la decidida voluntad de Enrique un gran resultado. Desde el otoño de 1195 hasta la primavera de 1196 se celebraron muchas asambleas en las que se manifestó por todas las clases el entusiasmo por libertar á Jerusalem que en los tiempos de Godofredo de Bullon y del emperador Federico. La más decidida de todas fué la Dieta celebrada en Worms en diciembre de 1195, donde el emperador Enrique en persona, tuvo sesión diaria en la catedral, para animar á todos los que se hallaban presentes á hacer el voto de cruzados y en donde nobleza y pueblo le rodeaban en tropel ebrios de júbilo, como en otro tiempo á su padre en el «Besamanos de Cristo» en Maguncia. Las primeras huestes de peregrinos se dirigieron por el Sur á Apulia, en el invierno de 1196 á 1197, donde estaban preparados para ellas víveres y barcos; y en marzo salieron ya desde dicho

punto para Siria 30 barcos. Poco tiempo después se reunieron en la costa de Apulia nuevos grupos que sumaban una fuerza total de 60,000 hombres, y llegó al puerto de Mesina una escuadra de 44 naves ocupada por muchos miles de peregrinos de la baja Alemania, los cuales habían dado la vuelta á la Europa occidental y peleado con los musulmanes en la costa portuguesa. A principios de setiembre se hizo á la vela toda la escuadra al mando del canciller imperial Conrado; pero Enrique VI, retenido por asuntos del país, se quedó en el reino normando. La parte principal de la escuadra hizo rumbo directamente á Siria y llegó á Acre el 22 de setiembre. El canciller se encaminó primero á Chipre en unión de algunos príncipes alemanes, coronó allí rey por encargo de Enrique y con gran solemnidad á Amalrico de Lusignan, y después marchó también á toda prisa á Acre.

Más el principio de las luchas en Tierra Santa no fué feliz; los primeros alemanes que llegaron allá en la primavera de 1197, llenos de entusiasmo por pelear, no encontraron buena acogida entre los francos sirios. El conde Enrique de Champagne y sus súbditos, franceses en su mayoría, les envidiaban el resultado que pudieran alcanzar. Los alemanes se presentaron muy arrogantes y comenzaron temerariamente la guerra antes que la masa principal de sus compañeros hubiese abandonado la costa de Italia, con lo cual, el más importante enemigo de los cristianos, el prudente Almelik Aladil, aprovechó la ocasión de alcanzar una fácil victoria. Se presentó á fines de agosto con numerosas fuerzas delante de Joppe, tomó por asalto la fortaleza, pasó á cuchillo la guarnición, en la que también había algunos pelotones alemanes y arrasó completamente la ciudad. Apenas los ánimos de los cristianos se habían repuesto de este fuerte golpe, cuando el conde Enrique perdió de repente la vida cayéndose desde una ventana (10 de setiembre de 1197). Su muerte fué para los cruzados una desgracia no pequeña; pues aunque no había poseído un gran poder, ni había conseguido triunfos dignos de mención, por lo cual no se tituló rey, sino solo conde, todavía su fin ocasionó confusión y discordias en el campamento cristiano. Suscitáronse contiendas por algún tiempo sobre el sucesor que se le había de dar, y cuando por el voto de los alemanes fué elegido soberano del reino de Jerusalem, Amalrico, rey de Chipre, se embarcaron en seguida para su patria todos los franceses que aun quedaban en Siria de la tercera cruzada. Amalrico aceptó la dignidad que se le ofrecía, y además se casó con la viuda de Enrique, Isabel, que con este contraía su cuarto matrimonio, y por consiguiente el tercero con un rey titular de Jerusalem. Entonces, por fin, se decidieron á acometer mayores empresas, pero no se arriesgaron á avanzar en seguida contra Jerusalem, cosa bastante comprensible después de todo lo anteriormente sucedido, sino que determinaron sitiar á Beirut, población importante que interceptaba la comunicación de Acre y Tiro con Trípoli y Antioquia. Mientras ellos caminaban en dirección al Norte por el territorio de Sidon, ciudad arrasada ya tiempos antes por Saladino, Aladil, agitado por el temor de no poder conservar á Beirut, demolió también las fortificaciones de esta plaza, excepto la ciudadela, y después—en la noche del 24 de octubre—cayó de repente sobre los peregrinos que estaban acampados en la costa del mar, próxima á Sidon. Allí, tras encarnizada lucha, obtuvieron los cristianos una completa victoria, y cuando llegaron el 25 de octubre á las inmediaciones de Beirut, cayeron en seguida en su poder la desmantelada ciudad, y la ciudadela, en la cual se sublevaron los peregrinos francos á la aproximación de los cruzados. Con la alegría que produjo triunfo tan grande, y para celebrar la solemne coronación del rey

Amalrico como soberano del reino de Jerusalem, á la cual asistió también el príncipe Boemundo de Antioquia, se dispusieron animadas fiestas en la población conquistada. Luego se propusieron continuar enérgicamente la campaña. Boemundo regresó á Antioquia para empezar desde esta ciudad la lucha, y de camino ocupó las plazas marítimas de Dyebeleh y Laodicea, abandonadas por los musulmanes. Amalrico y los alemanes proyectaban ya marchar sobre Jerusalem, cuando sobrevino una gran desgracia, semejante á la ocurrida siete años antes por la muerte del emperador Federico; pues llegó á los cruzados la infausta noticia, de que Enrique VI, que á la sazón contaba 32 años de edad, había sido arrebatado el 28 de setiembre por una enfermedad que le llevó al sepulcro. En medio de la victoria, casi al comenzar el más alto triunfo, se disolvió por segunda vez lastimosamente un gran ejército alemán. Los príncipes y los caballeros ansiaban volver á su patria, para hallarse presentes á los cambios que debían ocurrir en Alemania é Italia después de la muerte del emperador. Cierta que se reunieron otra vez para acometer una pequeña empresa, sitiando el castillo de Turon, situado sobre una alta roca á algunas millas de distancia de Tiro tierra adentro, y le tuvieron próximo á caer, por medio de minas practicadas debajo de los muros; pero no había ya en ellos verdadero entusiasmo. Cuando los sitiados propusieron capitular con la condición de dejarles salir libres, estalló la discordia en el campamento cristiano, porque unos querían acceder á aquella condición y otros proponían tomar por asalto la fortaleza; y no resolviéndose nada, y continuando después la lucha con fatigas y penas, se declaró de repente un pánico, y ocasionó una retirada á modo de huida de todo el ejército á la costa (febrero de 1198). Algunas semanas después, los peregrinos emprendieron el viaje á Italia y Alemania, y el rey Amalrico tuvo que darse por contento con que el príncipe Aladil le concediese una tregua de algunos años.

Las lisonjeras esperanzas que se habían abrigado quedaron, pues, completamente defraudadas: las posesiones cristianas de la costa de Siria adquirieron mayor cohesión, pero fuera de esto, nada se consiguió; porque la desgracia, que constantemente persiguió á los alemanes durante las cruzadas, contrarió lastimosamente esta vez también sus planes. No obstante, enlázase con esta «Cruzada alemana» uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de Alemania. Nos referimos al hecho de que á principios del año 1198, uno de los príncipes cruzados alemanes, el arzobispo de Maguncia, Conrado, fué á Armenia, y como plenipotenciario imperial coronó rey á Leon II, pues aunque la supremacía feudal de Alemania sobre Armenia, resultado de este hecho, nunca tuvo importancia formal, en cambio, se arrojó en el suelo de Siria una semilla de inagotable fuerza vegetativa, cuando los nobles más encumbrados del ejército peregrino y del reino de Jerusalem se reunieron todos en asamblea deliberante en Acre, el 5 de marzo de 1198, y tomaron la determinación de elevar á orden de Caballería la hermandad hospitalaria alemana de Santa María, fundada durante la tercera cruzada, orden que debía ser parecida é igual en privilegios á las de los templarios y sanjuanistas. Enrique VI hizo espléndidos regalos á la hermandad alemana durante los últimos años de su vida, y probablemente hasta proyectó hacer de ella una orden militar para robustecer el elemento alemán en Siria y para apoyar sus planes de dominación universal. Pero lo que él no pudo llevar ya á cabo, lo realizaron á la sazón los suyos, y proporcionaron por este medio, desde luego, á los francos sirios, una pequeña compensación de los perjuicios que les causó la brusca disolución de la cruzada alemana.

La repentina muerte de Enrique VI cambió de pronto el aspecto del mundo europeo. Nunca había subido tan alto el poderío de la casa de Suabia como en los últimos años del reinado de este joven emperador. La Iglesia romana y la sociedad de las naciones cristianas, Oriente y Occidente, todos estuvieron amenazados por la aspiración de Enrique á conseguir un perfecto imperio universal. El ambicioso príncipe aspiraba á un imposible en este punto, y si hubiera vivido más tiempo, hasta hubiera sido humillado por la derrota; pero la catástrofe sobrevino á los suyos mas bruscamente, después que él, en medio de su marcha victoriosa, murió tan impensada y rápidamente. En Alemania se levantaron en seguida con gran fuerza los antiguos enemigos de los Hohenstaufen. El tierno hijo de Enrique, que después fué el emperador Federico II, no tenía por el momento probabilidad alguna de suceder á su padre. En su lugar, el hermano menor del difunto monarca, duque Federico de Suabia, se ciñó la corona alemana; pero se vio precisado á defenderla en largas y costosísimas luchas contra los enemigos de su casa. El trono de Sicilia quedó para el joven Federico; pero también allí estalló una sangrienta reacción con el levantamiento de los normandos contra los guerreros alemanes, con cuyo auxilio había dominado Enrique en aquel territorio. Y como además de esto continuaban aun las terribles contiendas entre franceses é ingleses, la mayor parte de Europa, en aquellos días, fué presa de la discordia, y la lucha se llevó casi con mas encono que en tiempos anteriores. En tal estado de cosas, solo á costa de grandes esfuerzos y fatigas se podía formar una nueva cruzada, para arrancar definitivamente la ciudad de Jerusalem de manos de los eyubitas.

Entre tanto, el poderío, que entonces perdieron los Hohenstaufen, pasó casi en los mismos momentos á otro hombre dominante y poderoso; pues, como había sucedido ya con bastante frecuencia, también en esta ocasión la corte pontificia se elevó en hombros del imperio que se desmoronaba. Las últimas medidas adoptadas por el anciano Celestino, fueron inspiradas en su mayor parte por el cardenal Lotario, conde de Segni. Este era ciertamente el más joven de los cardenales, tenía 37 años, pero al mismo tiempo era prudente y de instrucción vastísima, hombre de ciencia y de política, inclinado á dominar y animado de un vivísimo deseo de levantar la teocracia de la Edad media en el sentido de Gregorio VII, sobre todos los poderes del mundo. Muerto Celestino el 8 de enero de 1198, Lotario fué elegido sucesor suyo en el mismo día. Con el nombre de Inocencio III intervino en todas las cuestiones de aquellos tiempos, tanto para someter á su supremacía á los reyes, pueblos y príncipes del Occidente, como también para extender por el exterior el imperio de la Iglesia romana, ora con la guerra, ora por medio de negociaciones.

Bajo este último punto de vista siguió inmediatamente y sin desviarse un paso las huellas de Enrique VI. El rey Leon de Armenia, que después del triste desenlace de la cruzada alemana, no dió ya valor alguno á su alianza con los Hohenstaufen, volvió los ojos á Roma pidiendo con instancia auxilios, y declaró al Papa que le reconocía como obispo supremo de toda la cristiandad. Inocencio contestó inmediatamente que se desvelaba por socorrer á los cristianos de Oriente, escribió asimismo á los barones armenios diciéndoles que debían perseverar con constancia y lealtad en la lucha contra los infieles, y remitió al rey una bandera bendita, que debía llevar en la misma lucha. Excitó á Alejo, emperador de Constantinopla, á que diese comienzo

á los aprestos de guerra para libertar la Tierra Santa y que convocase un concilio, en que se había de tratar de la union de la Iglesia griega con la romana. Alejo esquivó esta pretension, pero el Papa adquirió de todos modos una posicion influyente en Constantinopla por medio de sus embajadores, y además amenazó á los griegos con ponerse en relaciones amistosas con la nacion de los búlgaros, que aspiraba á levantarse con vigor juvenil, y á cuyo príncipe ofreció enviar una corona real, si la Iglesia búlgara se sometía á la romana, como era debido. Pero ante todo, desde el primer momento de su pontificado, pensó el Papa en enardecer á los pueblos del Occidente para que acometiesen una nueva peregrinacion. Mas poderoso casi y mas enérgico que ninguno de sus predecesores, mandó tocar las trompetas de la guerra santa. Todo rey y soberano, decia, está obligado, en primer lugar, á auxiliar á Cristo, supremo jefe feudal, á quien los enemigos habían arrebatado su territorio. Expediéronse circulares de la corte pontificia dirigidas al clero, nobleza y pueblo de Alemania, Francia, Inglaterra, Escocia, Italia y Hungría. Los legados del Papa anunciaron en todos los pueblos, á los que tomasen la cruz, la proteccion de San Pedro y la remision de sus pecados, pero exigieron al efecto una vida penitente, usando vestidos humildes y comidas frugales. Los eclesiásticos debían sacrificar la cuadragésima parte de sus bienes y rentas para el armamento del ejército peregrino, y los legos debían prestar su concurso con igual objeto, depositando sus ofrendas en los petitorios que se establecieron en todas las iglesias. Inocencio prometió aplicar el diezmo de sus rentas á la guerra santa, y equipó un barco grande y espléndidamente dotado para auxiliar á los cristianos de Siria.

Su llamamiento á la cruzada, á semejanza del discurso pronunciado por Urbano II en Clermont en otro tiempo, suscitó entusiastas predicadores de entre las filas del bajo clero. El mas célebre de todos fué el P. Fulco, párroco de Neuilly, á orillas del Aisne, el cual, segun parece, despues de una juventud disipada se entregó á la vida ascética y llegó á ser predicador de la penitencia. Era un hombre algo tosco, pero elocuentísimo y exaltado, cuya palabra obraba con fuerza abrasadora entre las masas del pueblo. Miles y miles de personas tomaron la cruz al hacer el P. Fulco el llamamiento á la guerra santa. Pronto corrió la voz de que tenía la facultad de curar á los enfermos con sus oraciones, y por consiguiente hacer milagros, como San Bernardo y Pedro el Ermitaño; la muchedumbre se esforzaba por acercarse á sus vestidos para cortar de la túnica del bienaventurado cruces benditas, por decirlo así, por Dios mismo. Un rasgo característico de habilidad y firmeza le facilitó conservar entre las masas exaltadas la alta posicion que se había conquistado. «Pues Dios le había dado el don de discernir los espíritus, de tal modo, que sabía perfectamente á quién y en qué tiempo podría y debería devolver la salud.» Con su báculo se abría muchas veces ancho paso cuando el pueblo le rodeaba apretándole con demasiado ímpetu, y un día al tratar un hombre de arrancar con violencia un pedazo de su hábito, dijo en alta voz á los circunstantes: «No desgarréis mis vestidos, que no están benditos; pero voy á bendecir los de este hombre.» Tan pronto como hizo la señal de la cruz sobre el traje de dicho individuo, cayó el pueblo sobre él, hizo trizas sus ropas y se las llevó como preciosas reliquias. Por fin, Fulco aseguró haber distribuido la cruz á 200,000 peregrinos, trabajando al efecto varios años; pero no presenció ulteriores resultados de sus esfuerzos, porque murió antes de que diera principio la cuarta cruzada.

Además de Fulco, descolló de un modo particular entre los predicadores de aquella época, Martin, abad del monaste-

rio cisterciense, cerca de Colmar. En las ciudades de aquellas inmediaciones, sobre todo en Basel (setiembre de 1201) excitó á los fieles á la conquista del Santo Sepulcro, poniéndoles á la vista el galardón imperecedero de la otra vida y á la vez también las ventajas terrenales «pues no hay que dudar—decía—que muchos de vosotros encuentran en las cosas de este mundo mayor felicidad que la que recuerdan haber poseído jamás.» Muchos miles de hombres se decidieron á tomar la cruz, por efecto de sus predicaciones.

Pero la semilla del Papa, de los legados y de estos predicadores cayó, en parte por lo menos, en terreno estéril; lo cual no debe maravillarnos ni puede interpretarse como desvío fuertemente pronunciado del Occidente en los asuntos de las cruzadas. Los inauditos sacrificios en hombres y dinero que casi toda la cristiandad romana había hecho por la causa del Santo Sepulcro durante el último decenio, aun no se habían olvidado, ni menos sus efectos sensibles. Agréguese á esto las atroces contiendas de que eran teatro los principales países del Occidente, la desorganizacion de las leyes y el desorden de las costumbres, consecuencias naturales de aquellas guerras, y la antipatía del partido de los Hohenstaufen en Alemania é Italia contra la Iglesia que le era hostil, antipatía que también en buena parte perjudicó á la cruzada. En tales circunstancias, los príncipes y caballeros de todas partes vacilaban en hacer un voto que les imponía el deber de estar alejados de la patria por mucho tiempo. Los eclesiásticos murmuraban de la cesion que se les exigía de una parte considerable de sus rentas, y en Alemania se mostraba desconfianza contra las miras de la corte pontificia. Walter de Vogelweide opinaba que si «la plata alemana iba á parar á las arcas italianas, poco de ella se utilizaria para la Tierra Santa, pues la mano de los clérigos no reparte de buena gana gran tesoro.» Fulco de Neuilly alcanzó sin duda un rápido y poderoso resultado, pero los peregrinos cruzados por él eran en su mayoría gente de la clase baja, que obraron en un acceso de compuncion y que olvidaron el voto que habían hecho con la misma celeridad con que lo habían pronunciado.

Inocencio III dominó, sin embargo, poco á poco las dificultades que se oponían á su empresa, y pasado algun tiempo, vió levantarse para luchar por el Salvador brillantes huestes de guerreros. El principal impulso para ello lo dió la tregua que el cardenal Pedro de Capua consiguió ajustar entre los reyes Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon en diciembre de 1198. En efecto, aun cuando despues de esto y á pesar de la muerte del rey Ricardo, acaecida al poco tiempo, las relaciones entre Francia é Inglaterra quedaron aun bastante inseguras, y aun cuando Francia estuvo además seriamente alarmada á causa de los conflictos matrimoniales de Felipe Augusto, el cual repudió á su legítima esposa, Ingeborga de Dinamarca, y se casó en su lugar con Inés de Meranie, todavía una gran parte de la nobleza francesa se resolvió á emprender la expedicion á Oriente. En el otoño de 1199 se reunieron en Ecry del Aisne á celebrar un brillante torneo los jóvenes condes Tibaldo de Champagne y Luis de Blois y de Chartres. La nobleza del país había acudido en gran número, y apenas había dado principio la fiesta, cuando se presentó el P. Fulco de Neuilly, hizo el llamamiento á la expedicion con arrebatadoras palabras, y consiguió el triunfo mas trascendental que hasta entonces había obtenido; pues los condes Luis y Tibaldo tomaron en el acto la cruz, y con ellos muchos centenares de caballeros y nobles señores, entre los cuales merece especial mencion Simon de Montfort, tan conocido por su celo religioso como por su valor como capitán. Su ejemplo tuvo además gran resonancia en los pueblos y ciudades del Norte de Francia.

Millares de hábiles combatientes hicieron el voto de la peregrinacion, y el 23 de febrero de 1200 tomó asimismo la cruz el conde Balduino de Flandes, cuñado de Tibaldo, en union de sus hermanos Eustaquio y Enrique. No sin razon se ha comparado á los señores flamencos con Godofredo de Bullon y sus hermanos. El conde Balduino se asemejó al duque Godofredo en su carácter llano, valiente y piadoso, y Enrique era osado y excesivamente enérgico como el primer rey de Jerusalem. Los condes de Champagne, Blois y Flandes, con el acompañamiento de nobles señores, obispos y caballeros, que unos tras otros se les fueron uniendo, formaron un brillante ejército cruzado. En el trascurso del año 1200 celebraron varias conferencias, nombraron generalísimo al conde Tibaldo y resolvieron enviar una embajada á Venecia relativa á su viaje á Oriente. Se proponían dirigirse á Egipto, porque el poderío de los sultanes eyubitas estribaba principalmente en este país, y deseaban hacer una expedicion por la cuenca del Nilo á bordo de la escuadra veneciana, porque las otras poderosas ciudades marítimas de Italia, Pisa y Génova, gastaban á la sazón sus fuerzas en contiendas de vecindad. En febrero de 1201 se presentaron en Venecia ante el dux Enrique Dandolo y le expusieron sus pretensiones seis embajadores, tres de ellos condes, entre los cuales se hallaba el célebre historiador de la cuarta cruzada, Godofredo de Villehardouin, mariscal de Champagne. Las negociaciones duraron algun tiempo; porque los venecianos prometían una eficaz cooperacion, pero exigían también en cambio una recompensa de importancia. Por fin se convino en que la ciudad marítima suministraría barcos suficientes para el transporte de 4,500 caballeros, 9,000 escuderos y 20,000 infantes, tendria á su cargo la provision del ejército por un año y además reforzaria la escuadra con 50 galeras. Por este servicio pagarian los caballeros la suma de 85,000 marcos de plata (unos 13,600,000 reales de nuestra moneda), en cuatro plazos hasta fin de abril de 1202; y se reunirían precisamente en dicha época en Venecia para emprender el viaje. Todas las conquistas lo mismo que el botín debían repartirse por partes iguales entre venecianos y franceses, y se debía comunicar este tratado al Papa.

La poderosa armada, cuyos aprestos se emprendieron con grande ardor en todas partes, hubiera estado en disposicion de causar un fuerte quebranto á los eyubitas, si los venecianos hubieran querido dedicarse de lleno á la causa de la guerra santa; pero nunca estuvieron los señores de la ciudad de las lagunas menos inclinados y dispuestos á adherirse sencilla é incondicionalmente á una peregrinacion que á principios del siglo XIII. Ciertamente deseaban presentarse en Oriente con todo el poder posible, pero en esta materia miraban en primera linea sus intereses comerciales; estaban entonces en amistosa alianza con Egipto, porque las relaciones mercantiles con Alejandría y el Cairo les reportaban grandes beneficios, y se mantuvieron en estos tratos, á pesar de que el papa Inocencio deseaba acabar con las relaciones comerciales entre cristianos y musulmanes. Lo único que no proporcionaron ya á los enemigos de la cruz fueron armas, hierro y madera para construir barcos; en una palabra, material de guerra. Por otra parte vivían en enemistad con el imperio bizantino; porque aun cuando desde la caída de los Comnenos, los emperadores Isaac y Alejo III se les habían mostrado favorables en general, habían quedado en relaciones tirantes, particularmente durante los años que acababan de trascurrir, en los cuales el emperador Alejo había dado resueltamente la preferencia á los pisanos para perjudicar á los venecianos. Los entendidos comerciantes de la ciudad de las lagunas abrigaban sin duda á consecuencia de esto la intencion de coadyuvar con todas sus fuerzas á los prepara-

tivos de la cruzada, pero aplicándolos y aprovechándolos en todo caso, de tal manera, que sus relaciones comerciales con el mundo bizantino-mahometano no saliesen perjudicadas por tal concepto, sino mas mejoradas y consolidadas que hasta entonces. El hombre que en aquella época estaba al frente del gobierno de Venecia, el dux Enrique Dandolo, era un anciano de mas de noventa años de edad, pero de claro talento, audaz y emprendedor como un jóven. El principalísimo fin que se proponía este hombre «prudente y magnánimo» era alcanzar «honra y provecho» para su patria. Los bizantinos debían estar en guardia contra él: tenía motivos personales para vengarse de ellos, porque en el año 1172, cuando el emperador Manuel había llevado á cabo aquellos terribles actos de violencia contra los venecianos residentes en el imperio griego, Dandolo, entonces embajador de la república en Constantinopla, había quedado medio ciego de resultas de los malos tratamientos de que fué objeto. A la sazón se acercaba evidentemente la hora en que podía tomar satisfaccion, así de la vista que había perdido, como de los perjuicios tan graves y repetidos que se habían causado á sus compatriotas en el canal de Constantinopla. Pero qué planes pudiera abrigar con respecto al imperio griego al principio de los aprestos de la cruzada, es cosa que aquel hombre «reservado» no declaró hasta el punto de llegar á la posteridad noticias seguras de ellos.

El papa Inocencio III comprendió que se había introducido un elemento extraño en la futura cruzada con la reunion de los venecianos y de los peregrinos franceses; en su consecuencia declaró que no aprobaba el tratado celebrado entre ellos, sino á condicion de que tanto venecianos como franceses no perjudicarian á los cristianos, á no ser que estos tratasen de poner obstáculos á la peregrinacion, ó se presentase algun otro motivo justo y necesario, en atencion al cual no pudiesen obrar de otro modo; pero aun así y todo, debía procederse con asentimiento del legado pontificio. Pero los venecianos, que no querían dejarse atar las manos de esta manera, se atrevieron á replicar, que no aceptaban la aprobacion del tratado con aquellas restricciones.

En este intermedio, el 24 de mayo de 1201, murió de repente el conde Tibaldo de Champagne, nombrado general en jefe del ejército cruzado. Ciertamente este piadoso señor dejó á los peregrinos una gran parte de sus bienes, y mandó á sus caballeros que, si faltaba él, permaneciesen fieles al voto de la peregrinacion; mas á pesar de esto, su muerte causó tal impresion de desaliento, que muchos temieron que la empresa fracasara desde luego. A consecuencia de este accidente, los demás príncipes cruzados procuraron buscar á toda prisa un hombre que reemplazase á Tibaldo, y suplicaron ocupase el puesto del difunto, primero al duque Odon de Borgoña y despues al conde Tibaldo de Bars; pero ambos declinaron tal honor. Entonces Godofredo de Villehardouin llamó la atencion de la nobleza francesa sobre el marqués Bonifacio de Monferrato, hermano de aquel Conrado, que en otro tiempo representó tan gran papel, así en el imperio griego como en Siria, y perdió la vida en el momento en que ya estaba nombrado rey de Jerusalem. A este varon le recomendaba su mismo nombre; y además era un príncipe valeroso, de grandes aspiraciones y notable artista, célebre entre los caballeros y trovadores de la época. No se hubiera podido encontrar otro mejor; y el mismo Bonifacio, en una conferencia que celebró con los señores franceses en Soissons, en el otoño de 1201, se manifestó espontáneamente dispuesto á coadyuvar á su empresa. Su ejemplo dió motivo á que se aumentase el número de los cruzados en Francia, Alemania é Italia. Para el Dux de Venecia era el marqués Bonifacio un aliado de inestimable precio si